

## DESTRUCCIÓN TOTAL

THIS IS THE TIME FOR ALL BUT SUNSET  
AND THIS IS THE TIME TO HANG OUR SORROW UP IN CEDAR TREES  
THIS IS THE TIME FOR DREAMS PROCESSION  
AND THIS IS THE TIME TO GATHER AT TABLES ALOUD WITH MEMORY  
OF OUR LOST PLAY AND CHILDISH PAGEANTRY

JOHN MAUS

Sólo atinaba a cargar una y otra vez la cuenta del correo de la Universidad, a ver si finalmente llegaba el salvoconducto desde Singapur. Nada pero aún estaba a tiempo, se decía. Había visto que en convocatorias similares se estaban programando entrevistas para abril para empezar en septiembre, esto es, todavía tenía un horizonte de dos meses para entusiasmarse con un futuro posible aunque muy improbable. Después vendría otro y otro y en eso se le pasaba la vida al Dr.0: esperando llegar algún día a alguna parte. Asediado por una vocación desbordante por cambiar las cosas, cuanto menos alguna. En fin, la actitud prototípica del científico loco o genial, poco importaba ya la distinción. Lo que el doctor no sabía o, mejor, se negaba a reconocer es que hay una a priori material para cada melancólico que reza: "siempre se puede estar peor". Es por eso que, a veces, la muerte es una buena opción. Otras, las más (por fortuna) es un evento a evitar. Y ello por una razón esencial también: no es lo mismo *estar* que *sentirse* vivo y la proximidad de la muerte, justamente, es una ocasión propicia para experimentar la diferencia.

El año había sido horrendo, otra vez, y otra vez 0 había depositado todas sus esperanzas en unas vacaciones sanadoras. Unas que fueran un antes y un después en la manera de encarar la vida: con más alegría, con más ganas de celebrar lo que hay -que no es poco, se decía- y no estar tan pendiente de lo que no. Me refiero a eso de amar lo que se tiene y no tener lo que se quiere -aun cuando tener lo que se quiere es condición para querer lo que se tiene. Un poco como Cobain paseando con la hija en brazos puesto hasta la manija o eso que canta el Dr. Maus: *Forth earning keep through joyless tragedy*. O quizás nada de eso, no sé. El punto es que había fantaseado con atravesar la pampa y después el desierto para llegar a las montañas y después bajar y llegar hasta donde diera el impulso -¿la selva valdiviana, los volcanes y el Pacífico?-. Debían, para eso cambiar el auto. El pequeño city car que habían comprado en pandemia con los ahorros del último viaje a Alemania, quedaba chico para dos niños y el individuo-pareja. Y así como estaban, demolidos por diciembre, encararon la búsqueda, aplicando un método sistemático y flexible a la vez, como manda la buena ciencia y constreñidos temporalmente por el fin de año -y su presupuesto, claro está.

Claro que si por 0 fuera, hubieran comprado la Subaro negra y roja -los signos que comenzaban a manifestarse- que quemaba aceite y

tenía en el lateral una pegatina de "Audi Quattro". Se imaginaba a Subarusan practicándose un merecido sepoku frente al *Doppelgänger* monstruoso que le devolvía la XV, quien ya herida fatalmente interpretaba con solemnidad final un pregón cansino: "miren, acá vengo: soy un cheto pobre". Eso y el flaco del concesionario de zona norte que mandaba agentes encubiertos a preguntar por el auto en medio de la visita. De manual. La suerte no fue diferente con otra Subaru, una Forester esta vez, que el viejo lobo de mar del vendedor, rojo como una tea, perjuraba que no estaba chocada y que el agujero en la parrilla había sido "sólo un pájaro en la ruta" (como si ello no bastara para derribar un 747). Los fracasos, con todo, no desmoronaron al individuo-pareja pero decidió abandonar los motores boxer -que al fin y al cabo no son tan confiables y, sobre todo, los mecánicos se niegan a reparar- pero no las sagradas islas donde nace el Sol. Interpretaron que el problema era una cuestión de precio y tomaron, en consecuencia, algo de plata prestada para garantizarse un vehículo confiable para recorrer el país por los próximos diez años. Con el objetivo finalmente claro, vieron todas las que pudieron en tiempo record y terminaron comprando una elegante CR-V habano 2015. El vendedor era un pibe joven y bastante salame -como parece ser la norma del rubro- que no respondía los mensajes o decía cualquier cosa y después no quedaba claro si se rectificaba o no. Todo esto sacaba de quicio a K, quien era quien se encargaba -muy a su pesar- de las relaciones públicas del individuo-pareja. Al final pudieron dar con el dueño, le pagaron la suma convenida (aunque minutos más tarde pidió rectificarla marginalmente). Pero todos estos signos negativos fueron opacados por el hecho de que resultó ser amigo de la infancia del padre de K, fallecido hacía años. Hubo piel de gallina genuina y las expresiones alegres que acompañan la entrega de un bien amado al cuidado ajeno pero también papeles faltantes y parte de una historia que nunca fue ni será contada por completo. Se condensaban aquí todos los elementos de nuestra trama: la narración selectiva del vendedor de autos usados, la desesperación por huir hacia adelante y el dinero, por supuesto, no nos olvidemos del dinero.

Por semanas quedaron a merced de una burocracia marchita y en retirada: que la verificación policial no estaba, que había que ir a la planta, que sólo había turnos desde abril pero que, por \$60000 se podía acceder a un "sobretorno", pagando una parte en ventanilla y otra por allá, que después de que los recepcionara el "señor José" y revisara que todo estuviera en orden, iban a recibir un correo de confirmación con el cual podían volver al registro y finalizar el trámite pero el correo no llegaba, así que de vuelta a la planta para que José apretara el botón y después, sí: regresar al registro y pagar y esperar el mail del título en trámite, que tampoco llegaba y volver al registro y así. Quizás otrxs, en su lugar, hubieran desistido ante el primer signo en contrario pero no ellxs, acostumbrados a seguir adelante *no matter what*. Simplemente hicieron lo que sabían hacer: seguir adelante. Y es que en eso se había convertido su vida: un camino empinado y cubierto de guijarros que caían al vacío ante cada intento de

hacer pie. Si bien la contrariedad se había vuelto normal, los hechos eran simplemente eso: cosas que pasan y ya, no había ningún mensaje entrelíneas que descifrar. No hay oráculos en el desierto de la razón. Sólo la mísera voluntad humana seducida por la esperanza de que mañana será mejor.

Tanto tesón les permitió, pese a todo y una vez más, cumplir con los plazos propuestos y los primeros días de enero estuvieron en condiciones de hacerse a la mar (que es la llanura para los que no somos ingleses). Pararon como siempre en la pampa, justo antes de encarar la ruta del desierto, en un hotel de viajeros a la vera del camino. Hacía un calor agobiante. El cielo se mostraba amenazante, en una inminencia sin consumación, y en la habitación -emplazada en una ampliación mal encaminada, con escaleras en falsa escuadra y barandas faltantes, pasillos sin destino y nidos de pájaros en las huecos que dejaban las capas constructivas mal resueltas- no andaba el aire acondicionado. O abrió la ventana para ventilar, lo que sólo resultó en un chorro de aire hirviente, y vio el vehículo estacionado desde lo alto. Le pareció ver a la nave escorada a babor pero, se dijo, debía ser el suelo el que estaba en falsa escuadra o él mismo. Las sospechas, sin embargo, no eran nuevas. Ya desde el principio, le repugnaba el olor que emanaba de la pana usada: una mezcla de perfume de hombre y desodorante de lavadero. Cada vez que entraba al auto lo golpeaba la extrañeza del olor ajeno. Y como buen mamífero que era fue al coto y compró un aromatizante de limón para tapar el hedor de los otros machos. Sólo consiguió sumar una capa odorífica que aportaba una atmósfera química aunque familiar sobre el fondo sedimentado de almizcle y maderas nobles del otro macho, el rey caído, cuya presencia se resistía a desaparecer. Y aún cuando los signos invitaban a la sospecha, O se negaba a escuchar -años de formación lo habían entrenado en la sordera selectiva que manda sólo atender los hechos y los argumentos bien estructurados- pero cada vez que podía, se ubicaba sobre la línea central que separa las manos y soltaba el volante para comprobar si, en efecto, el auto tendía hacia alguna dirección. Parecía hacerlo hacia la derecha pero también podría ser el viento que inclinaba los árboles o las variaciones infinitesimales en el pavimento. Sea como fuere, el auto le despertaba un estado de sospecha permanente y lo disponía a una irrefrenable y -como veremos- estéril hermenéutica.

Todo había ido bien, sin embargo. Llegaron a Bariloche y se hospedaron en una cabaña rodeada de altísimos pinos y cipreses que inundaban las ventanas de verdor y fresco de bosque. Había una familia de teros en el predio y los niños jugaban a espiarlos y sacarles fotos. Fueron a la playa, visitaron familia, festejaron cumpleaños y comieron y bebieron despreocupados hasta bien entrada la noche. Los días se pasaron volando y cuando llegó el momento de irse no quería hacerlo y, ciertamente, deberían haberse quedado -o quizás no, porque quedarse podría haber desencadenado otra serie de eventos aún más desafortunados. En cualquier caso, y fiel a su naturaleza, debían seguir camino. Querían acampar en la naturaleza y así lo hicieron, en la cabecera norte del Epuyén. El camping

serpenteaba las aguas cristalinas del lago en una estrecha franja y casi al final del predio, en la sección agreste, dieron con una parcela que tenía su propio espacio costero. Levantaron la tienda y O prendió un fuego y cocinó las truchas que habían comprado en el criadero preferido a la entrada del Bolsón. El pescado estaba delicioso y lo disfrutaron bajo la luz espectral del crepúsculo interminable. Después se fueron a dormir y ahí todo cambió.

O comenzó a sentir que le faltaba el aire dentro de la carpa. Atribuyó el fenómeno a la inclinación del suelo; pensó que la sangre le subía demasiado a la cabeza, así que invirtió la bolsa de dormir y puso la cabeza donde antes los pies pero la cosa no mejoraba. Al contrario, no podía respirar y la sensación creciente de que todo iba a salir mal lo desbordaba. Pero O no podía escuchar el llamado de la tierra seca y polvorienta, de las montañas negras que ocultaban la luz antes del atardecer ni el rumor de los helechos que crecían entre los desechos que los humanos arrojaban al bosque para no manchar la ropa interior. No. Se convenció de que era sólo un ataque de pánico, como si todo el drama universal pudiera reducirse simplemente a un estado mental. Era su inveterado sentimiento trágico de la existencia, se convenció, y no un mensaje venido de la profundidad insondable de las aguas heladas. Le pidió a su esposa que lo abrazara y seguro de la racionalidad de sus actos, se dejó cobijar bajo el peso de dos mil quinientos años de historia occidental. Se durmió y amaneció renovado, como si nada hubiera pasado.

Los días pasaron serenos, entre la niña rubia que se paseaba semidesnuda y sucia entre el azul glacial y la sombra de los árboles y el niño mayor armando complejísimos juegos en la arena ceniza, en los que dinastías y pueblos enteros se preparaban interminablemente para una conflagración en ciernes que nunca llegaba a desencadenarse, ya porque las reglas preparatorias se multiplicaban al infinito o, peor, porque el mundo entero caía arrasado por la niña-Godzilla montada en su palo-caballo y había que volver a empezar. En tiempos de paz, que no eran más que una propedéutica de la guerra, cada pueblo-civilización podía elegir asociarse con sus vecinos y constituir alianzas, que se materializaban en nuevos caminos trazados en la arena o dedicar sus esfuerzos a levantar tu totem central a fuerza de piedras y ramitas y, más importante, a cultivar algunas de las tres fuerzas que definirían su destino; a saber: inteligencia, coraje, fuerza física, resistencia, habilidad constructiva o buena suerte. Esta última opción había quedado resonando en O, porque, obviamente, la suerte no era un valor a elegir para un humanista como él, tan confiado en la capacidad de la voluntad y el talento para enfrentar los avatares de la existencia. Y si bien su propio linaje experimentaría en breve las consecuencias de su *hybris*, por el momento, se regocijaba, recostado sobre el banco de madera rústica, ante el espectáculo abrumador de la negrura de la noche sin luna explotada de estrellas.

Al día siguiente levantaron campamento y continuaron camino hacia el sur, *over the hills, over the prairies*, bajo el sol amarillo de la mañana. El cielo estaba completamente claro y el aire y los pastizales, secos. Zigzaguearon caminos verdes y dorados y todo era rojo y marrón pero también azul y violeta a la distancia. Y si bien el verano siempre es polvoriento, esta vez el polvo finísimo era como una niebla amarga que se impregnaba en los árboles y en los ojos y daba al bosque un presagioso tono cobrizo. En breve, el fuego lo abrazaría todo, desde los verdes valles de la comarca hasta el monte xerófilo de pinos y espinos, devenido maraña de leña a punto de estallar. Pero de eso nada sabían o, mejor, preferían ignorar los signos y, en su lugar, se entregaban al deleite del paisaje y el comportamiento aplomado y ágil del SUV. En particular, la motorización sólo despertaba elogios en O y no es casualidad, pues los i-Vtec le había valido a Honda el premio de mejor constructor por años. Inspirados en el modo en que el cuerpo humano utiliza el combustible -esto es, regulando la oxigenación, de la que depende *mutatis mutandi* la velocidad de los procesos celulares- el propulsor, activaba un segundo árbol de levas sólo cuando era preciso, entregando rendimiento en el momento adecuado. El resto del tiempo va debajo de las 2000 rpm, preservando los componentes y garantizando la durabilidad. Y si la situación era apremiante, se podía utilizar el botón P3, ubicado a un costado de la palanca de cambio -casi el botoncito rojo que, supuestamente, en los aviones dispara misiles desde la palanca de mando pero que, en este caso, más prosaico, servía para llevar un remolque. El modo P3, llevaba las vueltas hasta las 6000 en un par de segundos entregando mucho torque, que se manifestaba como una opresión en el pecho y un impulso de la cabeza hacia atrás, producto de las fuerzas G. Si algo tenía el auto, se decía O, no era un problema de motor. De hecho, era el vehículo más potente que jamás había conducido, así que podía agregar un tilde verde al casillero del índice mental de catástrofe. Pese a todo, algo no cuajaba y enturbiaba la atmósfera de extrañeza difícil de precisar. Como un aura de brevedad que impedía proyectarla en el futuro.

Trevelin estaba encantador. El valle largo y angosto, entre el bosque y la estepa, se abría como un regalo amarillo-naranja y en su interior contenía encantadores fardos circulares, como cañoncitos rellenos de mediodía desperdigados por la pradera. Allí los recibiría el Perito F., amigo de la adolescencia de O. Serían sus primeros huéspedes de la obra a la que había consagrado su vida adulta: una casa de barro de dos plantas con cómodas instalaciones en la línea fronteriza entre el bosque, que se veía desde el ventanal del living y la estepa, desde la cocina. Habían valido la pena los últimos 15 veranos dedicados a levantar desde cero su lugar en el mundo. La casa, hay que decirlo, era un poco *over the top* para la medianía más rústica ("patagónica") del barrio. Los vecinos lo llamaban, justamente, el "porteño" y si bien era cierto, no dejaba de ser una verdad a medias -como toda verdad, al fin- pues F era nacido y criado en el Barrio Nuñez, a orillas de la laguna Saladita. Y aunque O ahora vivía en Q, había

crecido en W y sus hijos eran porteños, al igual que su padre, porque al fin de cuenta el AMBA es una única mancha urbana. Muy lejos de ahí, en la zona de transición bosque-esteparia, la familia se dejó llevar a la playas de palos y viajaron en el kayak de F por las aguas verdes y llenas de vida del lago Rivadavia. O, incluso, se había metido al lago - a pesar del frío lacerante- y F, como un sutil mamífero de río, lo había cruzado a nado hasta la península arbolada que cerraba la pequeña bahía. La Dra K, otro bello animal acuático, se había lanzado también a la natación en las aguas esmeraldinas mientras lxs niñxs armaban casas de palos en la playa.

Los días se mantuvieron buenos, así como la estadia en el pueblo y el dragón-reloj lanzallamas y la feria y las piedras y el corazón azul que, por torpeza y falta del sentido de la oportunidad O no le había regalado a su mujer. Tuvo que ir y hacerlo sola, algo triste. O la observaba desde la lejanía, viéndola irse por un momento. Sintió miedo pero no hizo nada. Quizás, de haberlo hecho, nada hubiera pasado o, quizás no, las cosas siguen sus caminos y no se cruzan - o mejor, el corazón azul era el amuleto que los salvaría de la catástrofe en el barranco. Todo eso es cierto o no según se acomoden las cosas porque, en sí mismas, no son nada. En los hechos, el individuo-pareja evaluó que su tiempo en Trevelin terminado y debían seguir viaje. Querían cruzar a Chile y según todo mundo les había dicho la frontera era muy amigable en ese punto porque había mucha integración de ambos lados. Pero como sólo tenían la documentación digital del vehículo -los papeles se demoran en verano- temían tener problemas en la frontera. Así las cosas, lo más sensato parecía ser ir y volver en el día. Salieron por la mañana, algo tarde como siempre, y O se vió amargamente sorprendido cuando advirtió que los 39 km hasta la frontera serían en ripio picado grueso, repleto de piedras esféricas y sueltas hacia los costados. Además, la falta de humedad desarmaba el alisado que perdía cohesión como una tortilla sin suficiente huevo. El vehículo se conducía bien aunque a veces se iba un poco de cola o se desplazaba levemente hacia los lados, traccionado por el deslizamiento de la pista de canto rodado. Era un poco como conducir en nieve, pensó O, pero como tenía experiencia en la materia, además de barro pampeano y rípios patagónicos de diversa calaña, se hizo la idea, bastante a su pesar, de que debía ser paciente y no manejar a más de 40 km/h (lo que, al cabo, no distaba tanto de los 60 de máxima que rezaban los carteles; velado reconocimiento de que la RN 259 era otro ejemplo más del arte nacional de desconocer la realidad para evitar hacerse cargo de ella).

El lado argentino era polvoriento y soleado y el edificio donde funcionaba la aduana tenía ese estilo militar en piedra y madera con techo a dos aguas: rústico, acogedor y hostil en partes iguales. El lado chileno, por su parte, era nuevo y fresco. Si el lado argentino era una cabaña sospechosa, el lado chileno era un freeshop mala onda. En cualquier caso, los trámites son siempre odiosos y los chilenos obligaban a bajar una app y completar un

formulario para mostrárselo al carabinero que ni miraba y todo bajo la atenta sonrisa de Boric, quien vigilaba desde el cuadro colgado en la pared, engalanado por la banda azulgrana. La ruta del otro lado era asfaltada con mezcla negra y reluciente y bellamente señalizada con pintura amarillo radiante. Hombres de naranja, incluso, reparaban lo innecesario para justificar dignamente su salario. El aire parecía más húmedo y la luz, por tanto, más cálida y oblicua. Futaleufú era un típico poblado chileno austral: mayormente de madera y calefaccionado a leña pero con muy buena infraestructura vial y bien mantenido en general. Del lado argentino, ocurre lo contrario: las casas son de material y hay gas para calefaccionarse (donde llega) pero la infraestructura es deficiente y las rutas, bueno, de las rutas mejor no hablar.

Mejor hablar de lo que pasó después, en la plaza del pueblo, donde la niña halló una pulsera arcoiris y se la calzó con una gracias infinita, que no aprendió de nadie sino que vino con ella, como el regalo y la maldición de la belleza. Lxs feriantes, que eran en su mayoría mujeres, festejaban sin comprender del todo si la niña era real o un sueño rubio, antiguo y visceral. El niño, por su parte, no tardó en engancharse en un picadito que se jugaba en un borde de la plaza, a la sombra de árboles altísimos y sobre un césped tupido y acolchado. De un lado, dos locales que jugaban descalzos y eran imparables y, del otro un combinado de tres argentinos, un venezolano y un brasileño. Mientras estos corrían detrás de la pelota, aquellos se mantenían defendiendo el arco y a la espera de ganar la tenencia y con dos pases largos dejar al combinado latam desparramado en un arco vacío y sin pelota. Tampoco tenían empacho en tirar chutazos que amedrentaban a los arqueros -no al hijo de 0, que era arquero de corazón, al igual que él- y todo terminaba con la pelota en la calle y la interrupción momentánea del tránsito. 0, por su lado, había disfrutado del servicio de baños públicos que funcionaba en la delegación del municipio, súper limpios y cuidados -¿cuándo tiempo más se tomará la conciencia nacional en aceptar sin pudor que lxs humanxs necesitamos ir al baño en espacios públicos, por el simple hecho de contar un cuerpo y tener la necesidad de beber?! Y K no podía creer el precio de las cervecitas en el super ni la disponibilidad ilimitada de budines alemanes -0, en particular, sentía una debilidad intensa por la variante marmolada. La tarde caía lentamente y decidieron regresar. No lo sabían aún pero era también el ocaso de sus vacaciones y de muchas cosas más.

*Cerca del nuevo fin. Tabú, fuego y dolor,* cantaba Cerati a repetición en el estéreo. La CR-V tenía un equipamiento básico -no disponía de bluetooth, por ejemplo, algo que en el fondo preferían- y un reproductor de CDs ultra noble, que absorbía las imperfecciones del camino y nunca saltaba. Lo malo es que habían salido a las apuradas y 0 sólo había llegado a manotear un puñado de discos: *Songs of the lost World*, que había sido su regalo navideño, *Kid A* y, por su puesto, *Bocanada*, que había liderado por lejos el ranking de lo más escuchado. El niño, en particular, se

había obsesionado con la letra de *Tabú* y quería comprender cada palabra pero le resultaba difícil captar el todo sin no poder considerar aún el aspecto sexual del asunto. Sus especulaciones eran más bien metafísicas y giraban en torno a las palabras y las implicaciones intrínsecas entre la selva, las montañas y los *labios oro-rubí*. O, por su parte, había confesado en la intimidad que para él *la selva se abrió a mis pies* refería al monte de Venus y, por extensión, al coito vaginal, y que las montañas que trepa a continuación la narradora eran las nalgas del partenaire y que el tabú, por tanto, consistía en *tener el valor de seguir*, a pesar del dolor pero gracias al *fuego*, para consumir el amor anal. En cualquier caso, O prefería otros temas del disco -*Raíz* o *Alma* le cabían más- pero le divertía más el juego que lo que le molestaba la repetición.

Más le gustaba la idea de volver al otro día y cruzar hasta el Chaitén y llegar a orillas del Pacífico. La última vez que lo habían intentado, la hermana de O había muerto repentinamente, asesinada en las calles de Buenos Aires y tuvieron que tomar el primer vuelo de regreso, dejando atrás el auto, el Airbnb pago y buena parte de sus sueños de juventud enterrados en el Sur. Más atrás en el tiempo, en los albores de la conformación del individuo-pareja, otra muerte, la del padre de K, había interrumpido otras vacaciones por venir, aquella vez por París, Londres y Edimburgo, planeadas para coronar la segunda estadía de investigación en Alemania. En esa ocasión, K había tenido que tomar el primer vuelo a Brasil, donde su padre agonizaba en su último intento tropical por vivir una vida que valiera la pena. Pero, por desgracia, y acá reside parte importante de la tragedia humana, lo que nos hace sentir vivos no coincide, en general, con los que nos mantiene con vida, cuanto menos en el sentido biológico y banal pero también necesario y definitivo del término. *Morimos intentando estar vivos*, ni más ni menos. La clave, creía O, residía en celebrar cuando las cosas salían bien y todo parecía ir bien esta vez. Así que podrían seguir subiendo por la 7 y llegar hasta Caleta Gonzalo y visitar el Pumalín, un enclave selvático donde los vientos húmedos del anticiclón del Pacífico sur chocan con el continente y, rápidamente elevados por las estribaciones andinas, descargan 7000 mm de precipitaciones anuales. Desde ese punto se puede seguir hacia el norte embarcado y entre fiordos y ferrys y alcanzar Hornopirén y sus termas volcánicas escondidas en el bosque primitivo de helechos gigantes. Serían unas jornadas reparadoras antes de emprender la vuelta. Y así, embriagado de futuro como estaba, O pronunció las palabras fatídicas de lxs que no saben reconocer los signos.

-Tenemos que dejar atrás esta sensación permanente de que cada vez que nos sentimos relajados algo terrible va a pasar. No es racional pensar así, como si los acontecimientos del mundo dependieran de nuestros estados internos o, peor aún, de nuestros intentos por controlarlos. Eso es magia no razón.

Por supuesto, que se lo decía a K pero, sobre todo, a él mismo, a quien le costaba tanto disfrutar lo que tenía, exsxs hijxs hermosxs, su individuo-pareja, su casa y, porqué no, el auto que se habían comprado con tanto esfuerzo, y aunque era cierto que quedaba poco de su trabajo y, en general, de su modo de vida, ya se les ocurriría algo para salir adelante -se esperaba el Dr. Desde la disolución de la Carrera de Investigador, 0 había sido pasado a disponiblidad. Había intentado ingresar a otras áreas del Estado pero éste había sido tomado por la maquinaria ideológica oficial y él o mejor, la clase a la que 0 pertenecía, no "era generadora de riqueza" y, por tanto, estaba condenada a readecuarse o desaparecer. En cualquier caso, no era momento de preocuparse por ello, de estar a la defensiva, de permanecer a la espera del golpe, con la expectativa de poder anticiparse y cabecear el pelotazo. Era momento de dejar atrás al pasado y aferrarse al presente y su potencia de apertura y disfrute porque todo placer es presente y sólo estamos vivos ahora. Era el momento de dejarse llevar por el camino sinuoso y tomar las curvas con holgura y suficiencia, sobrado como quien conduce un autazo y lleva a su familia protegida. Lo que se dice un buen padre, capaz de brindar a los suyos seguridad y confort. Pasaron la aduana y con la frontera dejaron atrás el asfalto chileno para adentrarse en el ripio patrio. Como era temprano para el verano austral -quedaban aún unas 3 horas de luz-, la visibilidad era excelente y había otros autos en el camino. La ruta descendía lentamente desde el puesto fronterizo hasta llegar a la altura del río y luego de atravesarlo sigue por la ladera opuesta del valle. El ascenso es suave y aunque el ripio seguía suelto, no ofrecía gran dificultad.

Todo cambió para mal al tomar un giro a la derecha. El vehículo dejó de responder al comando y en lugar de acompañar la circunvalación de la montaña siguió en línea recta. En un primer momento, 0 creyó que se trataba de un evento coyuntural, producto del ripio más suelto que se acumulaba entre las dos manos: una turbulencia pasajera que se estabilizaría sola. No perdió la calma y dejó correr un poco, girando levemente el volante. Esperó tener agarre, pero no obtuvo respuesta. Con creciente inquietud, advirtió que su voluntad ya no conducía el vehículo; era como si el auto hubiera abandonado su faceta humanizada para volver al reino de la cosas, que era, en el fondo, donde pertenecía. Sólo un movimiento rectilíneo puro y duro hacia el barranco. 0 comprendió que estaba ocurriendo otra vez, que todo se desbarrancaba, ahora literalmente y caía, por su propio peso. La opciones se reducían a dos: o girar bruscamente el volante hacia la derecha con la esperanza de cambiar la trayectoria de una vez por todas pero a riesgo de perder el control y chocar contra la montaña o dejar que las cosas sucedieran intentando minimizar el daño. A veces, un *soft landing* es lo mejor a lo que se puede aspirar. Miró la vegetación y la vio arbustiva y frondosa, sin grandes árboles con los que chocar y, como venía despacio, pensó que lo mejor era desentenderse de lo que no podía controlar y atenerse a lo que sí. Pensó en las 12 cuotas del par de Bridgestone Dueler recién compradas, en cuánto le iba a costar la reparación de la camio, de

la tragedia económica que se avecinaba, mientras, con incredulidad hundía el pedal del freno, convencido de que las ramas los detendrían si llegaba lo suficientemente despacio pero las piedras redondas de esa parte del camino se montaban unas sobre las otras y arrastraban el Honda como un río rocoso que corría desde los Andes al Averno. O tampoco contempló que al borde del camino estaba el cordón de piedras que dejaba la máquina tras de sí -a la ida la habían pasado con indiferencia- pero ahora, al vehículo, completamente lateralizado, la rebarba rocosa le metía una zancadilla bien abajo: la CR-V volcó gentilmente sobre el lado izquierdo y cayó unos 4 metros por el barranco patas para arriba, desprendiendo chorros de polvo y piedra en su caída, como un escarabajo gigante que no volvería a darse vuelta por sus propios medios. Recién en este punto, ante la total pérdida de control de la situación, la sangre fría de O se transformó en el máximo terror: el de haber conducido a su familia a la muerte. Rodaron una, dos veces sobre el techo, gritaron como animales enjaluados camino al matadero, hasta que finalmente se detuvieron perpendiculares al camino, entre alambrados y espinos negros. O sólo atinó a pedir perdón apesadumbrado pero, al instante, como quien despierta de una pesadilla, se estremeció por sus hijxs y mientras se sacaba el cinturón de cabeza, lxs llamó con la voz desgarrada y ancestral con la que los padres llaman a sus crías cuando temen haberlas perdido. Cerati seguía cantando *cerca del nuevo fin...* Con el último amor propio que le quedaba, apagó la música.

Nada importó que estuvieran ilesos, que prácticamente al momento en que lograron desatarse y bajar a sus hijos del techo, una tropilla de rescatista espontáneos los ayudara a salir. Un guía de pesca y sus clientes pero también un policía de civil, con el que K había hablado en la aduana, que organizó el tránsito y pedía a las camionetas oficiales que venían del cruce a más de 100 levantando ripio por doquier, detuvieron la marcha, que al costado del camino, había dos pequeños guarecidos por sus padres, entre el polvo y la ruina, como una nidada de aves en pena. No bastó que otrxs pasaran y dejaran botellitas de agua y que fueran hasta *Los cipreses*, donde había señal, a pedir ayuda. Ni que la gente de la ambulancia y del hospital fueran tan amables. Incluso la policía -como fuerza, digo- se mostró compasiva y humana; no del lado de los palos sino de las personas, a las que supuestamente tienen que cuidar. O incluso creyó haber enamorado a una suboficial pero el Perito le explicó que no era por él en particular sino por *winka* en general. Pero ya era tarde para la buena onda de F, cuya generosidad no pudo ser respondida. El daño ya estaba hecho, como lo estaba el eje trasero izquierdo de la CR-V antes de entrar en la curva a la derecha. Según le dijeron a O los pescadores, que eran locales, y habían presenciado la dinámica del accidente, la rueda trasera se torció y quedó a media altura, ejerciendo fuerza lateral e impulsando la cola del auto hacia el abismo. Que no había sido su culpa le dijeron, que venía muy despacio, y tal. Todo eso era cierto en el sentido preciso de que el accidente no había sido el resultado de una impericia en la conducción. Pero O

sabía, secretamente, que el individuo-pareja había llevado las cosas al extremo, intentado imponer su voluntad -que no le faltaba- a toda costa, a pesar de los signos. En cualquier caso, es habitual entre lxs patagónicxs, donde la gente tiene accidentes automovilísticos graves con relativa frecuencia -y a sabiendas del sentimiento de culpabilidad inconsciente que acecha a quienes ponen en riesgo lo más amado- se considera muy importante que el conductor reconozca que no fue su responsabilidad cuando, en efecto, no lo fue. O, incluso, tuve que aplicarle esa misma terapéutica a un señor que, enterado del incidente, se apersonó en casa del Perito y, como suele hacer la gente en Trevelin, entró sin pedir permiso, se sentó a la mesa y se puso a contar su historia. El señor, que tenía una casa de cambio del lado chileno y frecuentaba la ruta, había tenido un accidente similar en esa ruta con el mismo vehículo. Claro que en su caso los ocupantes iban sueltos y voló un bebé y hubieron huesos rotos y en fin, que la desgracia no fue tan afortunada. Su desgracia, es verdad, había sido afortunada, pero al individuo-pareja le preocupaba más la desgracia misma (y su recurrencia) que la fortuna.

¿No era un signo el problema de papeles que, por lo demás, seguiría interminablemente, llegando a momentos únicos de absurdo y desconcierto en la relación entre la humanidad y su burocracia (que no es, a fin de cuentas, más que una versión petrificada de sí misma)? O pensaba con frecuencia en que los nazis obligaban a lxs deportadxs a los campos de exterminio a hacer trámites en las estaciones de tren para tranquilizar sus almas civilizadas -"si me hacen llenar papeles es porque no van a matarme"- como si, de todas formas, no se tratara de lo mismo, gota a gota. El espíritu humano se vuelve dócil a fuerza de costumbre y regularidad y la burocracia hace su aporte silencioso en la tarea infinita de la domesticación humana. Empezando su exterminio lento desde dentro, la primera víctima suele ser el propio burócrata, que comparte con el tranza la desdicha de lidiar con fuerzas tan potentes como peligrosas. ¿No era, acaso, también un signo el choque tan leve en la Axion a las afuera de Neuquén que se había perdido en los laberintos de la memoria pero que K recordó en un sueño? ¿El chabón de remera de Almafuerte que conducía el Daewoo destartalado todo puesto bajo el sol del mediodía no era también un signo? El golpe lo había recibido la rueda izquierda trasera y O -tan humano, demasiado humano como era- se alegró de que no le rayara la pintura y ahora, un vuelco después, comprendía que el desastre no ocurre de improviso sino lentamente, por acumulación sedimentaria de pequeñas desgracias, algunas de las cuales resultan, incluso, imperceptibles. Hicieron 1000 km con el SUV herido de muerte, como el *ave que voló de Madrid hasta Gijón* del que habla Nacho. Y aún así siguieron adelante, ¿qué hubiera pasado si la fuerte descarga que le dió la CR-V al momento de abrirla por última vez hubiera sido interpretada como señal inequívoca de que no había que abordarla? ¿Había en su mundo lugar siquiera para una idea tan descabellada? ¿Qué le diría al mecánico: "me dió una patada y comprendí que el vehículo debía ser revisado"? Quizás, para un romano hubiera sido una respuesta válida, como retrasar

una invasión por una bandada mal aspectada pero para él todo eso era directamente imposible.

O quizás, justamente, sería el tiempo de dejar atrás esa estrechez mental y empezar a considerar alternativas a la racionalidad pura y dura. Quiero decir, a veces, lo más racional no es mantenerse atado al mástil de la razón sino bajar las velas y dejarse llevar por la ola. ¿Qué si todo lo que pasó fue una lección del más allá? ¿Si cada uno de los acontecimientos habían sido la mejor versión posible de las cosas y que el más mínimo cambio -por ejemplo, si la pulsera arcoiris no se hubiera perdido irremediabilmente entre mates voladores, cartas, piezas de rompecabezas, ramas y polvo- hubiera implicado un desastre mayor? Y si era un mensaje, ¿qué había que hacer con él? Pero dado que cada vez que O se ponía teísta, K amenazaba con disolver el individuo-pareja, tuvo que convocar al dios restaurado a escondidas, aprovechando una caminata desde el centro -donde se habían mudado para velar puertas adentro el mundo perdido- hasta las afueras del pueblo, donde vivía F y donde yacía el cadáver de la camioneta, que como una ballena varada en la estepa, ofrecía su costado herido hasta el hueso; restos de un futuro que nunca más sería presente. Entre los pastizales amarillentos y el polvo del camino, O le pidió a su dios restaurado solo dos cosas: que pudiera llevar a su familia de vuelta a casa sana y salva y que, por favor, el seguro les diera la destrucción total -no tenían todo riesgo-.

Mientras, deberían seguir con sus vidas. O aplicaría a un cargo en el Ministerio del Culto a la Personalidad como consultor en teoría de la subjetividad. Sabía que sus posibilidades eran mínimas, de todas formas. Y aunque eran tanto o más bajas en la NUS -ante todo, porque no era hablante nativo de inglés y provenía de una academia marginal (lo que, en definitiva, viene a ser lo mismo) y la Universidad, justamente, se caracterizaba por contratar mucho staff Oxford-Cambridge. Aún así, creía que su condición de *outsider* podía jugarle a favor: tenía buenas publicaciones y sólida trayectoria en su país (cosa que tampoco favorecía el "perfil internacional del candidato") y consideraba que había hecho una buena presentación. Esto es, O no había perdido las esperanzas y consultaba compulsivamente la cuenta del correo electrónico institucional, buscando entre las decenas de mensajes de PHILOS-L, el correo salvador que lo depositara de un golpe en un lugar completamente diferente y, esperaba, mejor. Ya saboreaba el viento grueso del monzón cargado de dólares singapureños. La lluvia copiosa cayendo sobre las calles lustrosas de la Ciudad León. Todavía estaba a tiempo, se decía: aún quedaba todo abril.